INTRODUCCIÓN

No es fácil encontrar a John F. Kennedy tras la máscara de la leyenda, desentrañar una vida que parece devorada por su absurda muerte. De cara a la galería, JFK era el presidente guapo, carismático, progresista, campeón de todas las causas justas. Pero, si miramos más allá de las rendidas alabanzas, hallamos al hombre frívolo obsesionado con su imagen. Tal vez de esta obsesión por las apariencias venga su debilidad por el mundo del cine. Por eso, en los años cuarenta, somete a su amigo Charles Spalding, asistente por entonces de Gary Cooper, a largos interrogatorios. Quiere saber si el magnetismo de las estrellas es natural o, por el contrario, es una cualidad que se puede exhibir si uno se la trabaja lo suficiente. Él mismo, a lo largo de su carrera política, se convertirá en un actor. Será bueno, aunque no excelente, a decir del escritor Norman Mailer. El hecho es que vaya donde vaya se impone su glamur. Un periodista, Robert Donovan, dirá que «si Hollywood hubiera intentado crear los papeles de presidente y de su esposa, nunca hubieran podido inventarse a John F. Kennedy y a Jacqueline Kennedy»¹.

Por estas y otras muchas razones, escribir sobre su vida, como dijo el biógrafo Thomas Snégaroff, tiene algo de intimidante. Hay que vencer la tentación hagiográfica, también la de caer en la chismografía, visto el alud de datos inverificables que proce-

¹ Talbot, *La conspiración*, p. 362.

den de fuentes sospechosas². El peso del mito es tan abrumador que nos hace perder de vista a la figura histórica. Peor aún, hace que el relato atento a los hechos comprobados resulte increíble. El nombre de Kennedy está demasiado ligado en el imaginario colectivo a la mafia, a Marilyn Monroe, a un asesinato que sería el fruto de una siniestra conspiración, como para que el público acepte sin más una versión prosaica. La leyenda, con su ritmo vertiginoso y cinematográfico, siempre impone su sentido de la épica. De esta forma, lo que todo el mundo cree saber sobre el personaje se admite, sin necesidad de reflexión ni de crítica, como verdad incuestionable.

Pocas cosas en JFK son por completo lo que parecen. El líder supuestamente avanzado era, en realidad, un hombre mucho más conservador de lo que su imagen da a entender. Sustancialmente más conservador que Johnson y Carter, los dos demócratas que se contaban entre sus sucesores, según escribió el periodista Theodore H. White en 1978³. Se le puede definir como un demócrata pragmático, o tal vez como un conservador ilustrado, pero el resultado viene a ser idéntico. Él mismo, a principios de los cincuenta, declaró que no era un liberal en absoluto. Y liberal, en su sentido norteamericano, significa de izquierdas. Eso no impedirá que, en el futuro, los historiadores y los periodistas le hagan pasar por una personalidad mucho más moderna de lo que en realidad fue.

De hecho, pese a su aura progresista, su extraordinaria popularidad como presidente se hallaba divorciada de programas concretos, más cercana al star-system cinematográfico que a la política. Consciente de que vivía una época a caballo entre el conservadurismo de los cincuenta y los aires de rebe-

² Snégaroff, *Kennedy. Une vie en clair-obscur*, pp. 5, 215-216.

³ White, *In Search of History*, p. 457.

lión, Kennedy jugó a contentar a todo el mundo con la habilidad de los demagogos. Su propia fama se basaba, de hecho, en su destreza para conciliar los deseos de la América conservadora y la América progresista. De ahí que muchas veces, en la práctica, las buenas intenciones de sus discursos se vieran diluidas por un liderazgo prudente, por no decir timorato. Sus actuaciones se basaban en la aceptación del sistema, no en la exploración de las posibilidades de cambio, como hizo notar Bruce Miroff: «He never attempted to change the political context in which he operated, to open up the political process to new possibilities or develop alternative sources of power»⁴.

La leyenda ha construido una imagen épica. La realidad evidencia que Estados Unidos, a la muerte de Kennedy, era más o menos el mismo país que en el momento de su acceso a la presidencia. Entonces y después, los hagiógrafos juzgarán intenciones, no hechos. Pero las apelaciones al idealismo casan mal con las sucesivas demostraciones de *Realpolitik*, como las repetidas agresiones contra la Cuba de Fidel Castro. Nuestro hombre parece rupturista cuando habla, pero al actuar se distingue por la continuidad respecto a sus antecesores. Un periodista decepcionado, Walter Lippmann, llegó a decir que su administración era la misma que la de Eisenhower con treinta años menos. A su vez, Louise FitzSimons, en un libro implacable, afirmará que JFK se diferencia de anteriores mandatarios más por el estilo que por la filosofía. En el terreno de los hechos, el presidente, como los demás dirigentes de la Guerra Fría, no deja de percibir un mundo dividido en dos bandos antagónicos. Aunque consiguió cautivar con su imagen a millones de personas, no supo aprovechar las posibilidades de su liderazgo para alcanzar

⁴ Miroff, *Pragmatic Illusions*, pp. 22, 31.

la auténtica grandeza y encaminar a su país hacia una nueva dirección⁵.

La distancia entre la realidad y la imagen no se acaba aquí, ni mucho menos. El cabeza de una familia perfecta, cuando no miraban los focos, fue un adúltero recalcitrante, aunque eso no significa que todos los romances que se le atribuyen sean ciertos. Ted Sorensen, uno de sus colaboradores más cercanos, autor de diversos libros destinados a mantener viva su leyenda, reconocerá en su autobiografía que su antiguo jefe se sentía irresistiblemente atraído por las mujeres hermosas. De ahí que no evitara la tentación, como su padre antes que él, cada vez que se presentaba. No obstante, pese a esta debilidad, Sorensen le defendía, como siempre, a capa y espada. Tras admitir que era un mujeriego, citaba a Abraham Lincoln para afirmar que aquellos que no tienen vicios tampoco poseen demasiadas virtudes. Kennedy sí poseía virtudes y, según su antiguo escritor de discursos, habría sido un hombre menos interesante si no hubiera poseído también vicios⁶.

Por otra parte, el hombre que encarnaba como nadie la salud y la fortaleza de una América joven tampoco tiene demasiado que ver con el enfermo que necesitaba medicación constante, con graves problemas de salud, como la enfermedad de Addison, que se ocultaron cuidadosamente al escrutinio público. No obstante, también es cierto que Robert Kennedy, en el prólogo que escribió para *Profiles in Courage* poco después del asesinato de su hermano, confesó que el presidente, al menos la mitad de su vida, había sufrido un intenso dolor físico debido a distintos problemas médicos⁷.

⁵ FitzSimons, *The Kennedy Doctrine*, pp. 10, 15.

⁶ Sorensen, *Counselor*, pp. 187-188.

⁷ Kennedy, *Profiles in Courage*, p. XII.

JFK destacó, sobre todo, por ser un vendedor de esperanza. En ocasiones, más bien de humo. Y utilizaba, para conseguir sus propósitos, un estilo emocional, incluso histriónico, por más que su colaborador Arthur Schlesinger Jr. afirmara justo lo contrario. Sabía exactamente qué tecla sensible debía tocar para meterse en el bolsillo a su público. Eso le permitía hacer promesas floridas, adornadas con una retórica brillante, que poco tenían que ver con la realidad. De esta forma, aunque menosprecia a la izquierda más avanzada por doctrinaria, juega a presentarse como el portaestandarte del progreso. Así, aunque conocía de sobras las limitaciones que el sistema constitucional del país imponía al presidente, hablaba con si disfrutara de unos poderes suficientes para cambiar el mundo en el sentido indicado por su voluntad.

Así las cosas, más tarde o más temprano, la desilusión tenía que llegar. Pero no toda la culpa era del presidente, que en este aspecto no hacía más que encarnar el optimismo de una época propensa a hacer proyectos no siempre realizables. W.J. Rorabaugh explica con agudeza esta situación paradójica: el optimismo necesario para impulsar el cambio social empujaba a los reformistas a acometer luchas para las que no estaban preparados. Con el tiempo, el desfase entre los objetivos y los resultados acababa por generar frustración⁸. Kennedy no llegó a presenciar esta fase: murió antes de que se hiciera palpable el desencanto. Le tocó a su sucesor, Lyndon Johnson, recoger los amargos frutos de unas expectativas infundadas.

No deja de ser curioso que el hijo de un multimillonario consiguiera presentarse como un adalid de las masas populares. La sociedad estadounidense tendía a creer que un magnate, solo por serlo, ya no iba a engañar a sus votantes ni a procurar

⁸ Rorabaugh, *Kennedy y el sueño de los sesenta*, pp. 14-16.

enriquecerse. Se da así la circunstancia de que los miembros de una familia de privilegiados, los Kennedy, consigan la gloria y el poder como tribunos de la plebe. De esta forma, pasarán a pertenecer al club selecto formado por unos pocos linajes que, en la historia americana, dan por sentado que la cosa pública es el ámbito de actuación de la familia: los Adams, los Roosevelts, los Tafts, los Lodges...⁹

JFK se convertirá en un personaje sobreexpuesto en los medios. Son muchas las personas que le rodean, pero ni siquiera las que creen conocerle bien son capaces de aprehender al hombre en su conjunto. Solo captan aspectos inconexos. Esto es así porque el presidente, tanto en lo público como en lo privado, lleva una vida muy compartimentada. Nadie lo sabe todo sobre él, ni siquiera los más íntimos. Tras su asesinato, el que había sido su secretario de Educación, Abraham Ribicoff, se sorprenderá al comprobar que sabía cosas sobre el mandatario desaparecido que ni siquiera su hermano Bobby conocía. Emerge así ante nosotros una figura con frecuencia enigmática, sin que podamos estar siempre seguros de quién era en realidad. No obstante, lo más probable es que a él no le importara demasiado la pregunta sobre el auténtico John Fitzgerald Kennedy. Su padre le enseñó que no importa lo que uno es sino lo que los demás piensan que eres. A lo largo de su vida, él iba a poner en práctica muchas veces este principio, entregándose a un minucioso trabajo para pulir una y otra vez su imagen de manera que el público solo pudiera captar su mejor perfil. Eso significaba pasar por alto sus propias contradicciones, que eran numerosas: podía ser temerario y prudente, rehuir el contacto físico y necesitar una vida sexual vertiginosa. De esta forma, a ojos de la ciudadanía, un hom-

⁹ Fairlie, *The Kennedy Promise*, pp. 18, 39, 47.